

Ángel ARIAS URRUTIA: *Cruzados de novela: las novelas de la guerra cristera*. Pamplona: EUNSA, 2002, 246 pp. ISBN 84-313-1972-0

Antes de comentar esta obra conviene recordar sendos estudios de Wolfgang Vogt y de José Luis Martínez sobre este tema. Vogt escribió en 1987 y en 1992 acerca de algunas de estas novelas, en primer lugar sobre *Héctor*, publicada en 1930, a la que califica de panfleto clerical, que tuvo su mayor difusión en las tres décadas posteriores a esa guerra, difusión sólo superada por *Los de abajo*, de Mariano Azuela, pero que en su opinión está olvidada. Fernando Robles publicó en 1934 *La virgen de los cristeros*, de mayor calidad literaria. E. de Ochoa (Spectator) publicó en 1942 *Los cristeros del volcán de Colima*, libro de mayor valor documental que literario; “molesta” a Vogt “el fanatismo de los autores”, aunque salva de ese juicio a *La Virgen de los cristeros* de Robles. En cambio, *Los cristeros la guerra santa de los Altos*, de José Guadalupe de Anda, publicada en 1937, le parece que tiene cierto valor literario, porque describe con gran maestría a los campesinos alteños, incluso la compara con *Los de abajo* porque está muy alejada del fanatismo y del esquematismo de Gram. De Anda prosigue en *Los bragados*, publicada en 1942, la secuela de su primera novela. En fin, José Aurelio Robles Castillo publicó en 1978 *¡Ay Jalisco no te rajes!*, panfleto con una “trama bastante fantástica”, pero que se salva del sensacionalismo y la trivialidad (*Jalisco desde la Revolución. Literatura y prensa, 1910-1940*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1987, VIII, pp. 119-135. *Enciclopedia Temática de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1992, pp. 85-92).

José Luis Martínez calificó en 1995 a *Héctor* de “himno fanático del movimiento cristero, cuyo relato llega a ser impresionante así carezca de objetividad o quizás a causa de ello”. Gram añade *Jahel* en 1935, “que al parecer supera en fanatismo a *Héctor* y *La Guerra sintética*, ésta “aún más extremista”, porque defiende la obligación de esa rebelión. En cambio, de *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda destaca “una visión más verosímil... ve con objetividad la persecución”. *Los bragados* no le merece un juicio especial, pero de *Pensativa*, de José Goytortúa Santos, publicada en 1945, destaca la “sugestiva y hábil exposición de su trama novelesca”. José Luis Martínez recuerda que Juan Rulfo citó con encomio *Rescoldo*, de Antonio Estrada, publicada en 1961. Menciona *La virgen de los cristeros*, y de Fernando Robles *El santo que asesinó*, publicada en 1936, *¡Ay Jalisco no te rajes!* y *Entre las patas*

de los caballos, que Luis Rivero del Val publicó en 1953. Aunque este historiador, al igual que Vogt, es acentuadamente anticristero, José Luis Martínez rescata las mujeres de Héctor, *La guerra sintética*, *Pensativa*, *La virgen de los cristeros* y *Rescoldo*, como “notables creaciones literarias”. José Luis Martínez: “La novela cristera”, en *La literatura mexicana del siglo XX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 96-99.

A las anteriores novelas pueden añadirse, de Luis Sandoval Godoy: *La sangre llegó hasta el río*. Guadalajara: Edigonville, 1990, 155 pp., y de Jovita Valdovinos Medina: *Jovita la cristera, una historia viviente*. Zacatecas: Edición del Autor, 1995, 162 pp., de signo contrario a Vogt y Martínez, Ángel Arias Urrutia no menciona a Vogt. Aunque no son propiamente novelas cristeras, dada la importancia de los autores, conviene recordar que el marxista José Mancisidor en *Asonada*, publicada en 1931, escribió que el fanatismo protestante era tan peligroso como el cristero, porque estaba entregando a México a Wall Street, una de las tesis cristeras. Mariano Azuela, por su parte, confesó en *El camarada Pantoja*, pese a su anticlericalismo, que “Nunca la religiosidad metropolitana recibió espolazo más saludable que la suspensión de cultos provocada por el callismo”. En suma, Vogt y Martínez mencionan once novelas, Arias Urrutia, 26.

Este libro se divide en dos partes, la primera, desde Porfirio Díaz hasta los arreglos del otro Díaz, Pascual (una tercera parte del texto), y la segunda, las novelas de tema cristero: *El Narrador* (dos tercios). Se apoya en una amplia bibliografía que incluye el contexto histórico, las novelas de tema cristero, otras obras literarias relacionadas con la Cristiada y una bibliografía general.

La primera parte puede ser útil a un lector no especializado, mexicano o extranjero, la segunda, todos podemos aprovecharla. La primera parte sigue fielmente a un historiador francés que ha trabajado el porfiriato y Madero. En esta primera parte se esfuerza por ahondar en las intrincadas relaciones entre la historia y la ficción, porque las novelas llegan a “contagiarse” (cursivas de Arias Urrutia) en algunos casos de los rasgos más específicos del relato histórico, esto da lugar a varias combinaciones de lo histórico y lo novelesco; subraya la importancia de la distancia temporal del acontecimiento histórico respecto al momento de escritura de la novela.

De acuerdo con su información hice un balance de los años de publicación de estas novelas: las inicia con una s. f., siete cu-

bren de 1930-1938, cuatro de 1942-1947, cinco de 1952-1955, cinco de 1960-1964, una de 1989 y otra de 1991.

El autor espera abordar próximamente a Azuela, Revueltas, Rulfo y otros, que tuvieron un contacto más o menos directo con la guerra cristera, a la que dieron entrada en algunas de sus obras, "es mucho aún lo que queda por hacer" (p.12). Al igual que en la novela de la Revolución, las fronteras entre la realidad y la ficción, la historia y la literatura parecen diluirse para dar paso a una amalgama donde lo novelesco se une a lo rigurosamente histórico (p. 17).

La primera parte es de divulgación, incluso hay deslices al mencionar las muertes trágicas de los tres grandes caudillos revolucionarios (Carranza, Zapata y Villa) (p. 18). Omite a Obregón, que tiene una relación muy directa con este tema. Asimismo, escribe que el periódico oficial del Partido Católico Nacional fue *El Nacional* (p. 35), tal vez tenga en mente la revista *La Nación*. Hace obispos a los arzobispos Francisco Orozco y Jiménez y Leopoldo Ruiz y Flores, y no da la fuente que documente que Ruiz y Flores ("arzobispo de México", lo fue de Michoacán) "publicó una condenación del golpe de estado huertista", ni al señalar que Zuno "vuelve a las andadas en Jalisco y Colima" (pp. 35 y 55). A los colonos de S. Cedillo los hace agraristas y asegura que Guerrero está al este (77-78). En cambio, acierta cuando precisa el concepto de "los católicos", él se refiere principalmente a los dirigentes del Partido Católico Nacional, al clero más activo y a la prensa católica (p. 30). El libro adquiere un rango académico mayor en la segunda parte. En primer lugar, señala que hay siete novelas anticristeras, cinco neutrales y once favorables a los cristeros. Le parece curioso que en los escritores de mayor envergadura predomine una visión bastante negativa de los cristeros. Se centra en Anda, Goytortúa, Garro, Estrada y Chao Ebergény, porque destacan por su calidad literaria (pp. 93-94), de lo que "he bautizado como novela de la guerra cristera" (p. 96), pero como se ha visto antes tuvieron cuando menos otros dos padrinos. Considera *De los Altos*, de Chao G. Ebergény, la más cercana a las pretensiones del historiador, parece plantearse como una interpretación revisionista de la guerra cristera (p. 140). Según Thiebaut la mayoría de las novelas procristeras se centran en la oposición urbana de La Liga contra el gobierno (p. 105), si bien un autor francés muy crítico de la Liga es el que está detrás de los juicios históricos de Arias Urrutia (pp. 155 y 173-174).

En su opinión, la cercanía histórica de la guerra cristera hace más apropiado definirla, siguiendo a C. Mata, como episodio na-

cional contemporáneo, de acuerdo con el criterio de que la novela histórica es, ante todo, novelar, pero también cierta manera de historiar. Los intertextos confirman una original simbiosis de literatura (lo ficcional) e historia (lo realmente acontecido), “característica fuerte de las novelas que ocupan nuestra atención” (pp. 32, 143 y 221). En fin, el rechazo absoluto de los cristeros al agrarismo y el desprecio a los maestros rurales hacen de estas novelas un elocuente documento (p. 233).

Tiene una obsesión por los estudios “exhaustivos”, pese a reconocer que su búsqueda fue *lo más completa posible* (cursivas mías), si bien en otras ocasiones investigó “sin ánimo de ser exhaustivo” (pp. 11, 22, 132, 191 y 210).

Arias Urrutia toma partido en la guerra cristera, exalta a los combatientes como los “verdaderos”, los “auténticos” cristeros (p. 105), guiado por el francés enemigo de la LNDLR, pero ésta y las Brigadas Femeninas también fueron auténticos y verdaderos cristeros, aunque no hayan combatido en el cerro.

En suma, el análisis literario supera al histórico, en su información sobre la historiografía cristera privilegia a un autor francés, ignora que en los últimos 30 años la historiografía cristera ya no es sólo hagiográfica, utiliza otros enfoques.

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO
El Colegio de México

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *Cristeros y agraristas en Jalisco*.
Vol. 1. México: El Colegio de México, 2000, 347 pp. ISBN
968-12-0978-8*

Hace ya más de cuatro décadas que el profesor Moisés González Navarro, al publicar *El porfiriato, la vida social* (1957) como volumen correspondiente de la *Historia moderna de México* le dio entrada a un tema que aún no parecía que perteneciera de suyo a la historiografía mexicana de esos años: el de la importancia de la religión y del reformismo católico en la sociedad porfiriana.

Como partes de extremos que se tocan, el tema desató una polémica que tuvo al menos dos frentes. Uno protagonizado por Daniel Cosío Villegas que, inspirado sin duda en criterios libera-

* Un texto similar fue leído en la presentación de este libro en el Centro de Estudios de Historia de México Condumex, el 15 de marzo de 2001.